

Patente de corso



por Arturo Pérez-Reverte

Las fronteras (difusas) de la ficción

Levo a un amigo mejicano a cenar al Madrid viejo, que entre septiembre y octubre, cuando todavía no han entrado los fríos ni las lluvias, me parece uno de los lugares más agradables de Europa. La noche del antiguo barrio de los Austrias está en todo su esplendor, con las terrazas animadas y los bares y tabernas a rebosar. Para más felicidad, la gente dejó las chanclas y los calzoncillos callejeros para otras temporadas, los hombres ya no parecen porqueros sin fronteras, y a las señoras da gloria verlas. Todo vuelve a la normalidad, dentro de lo que cabe. Paseo con mi amigo por el barrio, y al doblar a la izquierda en la Cava Baja lo veo pararse, sorprendido. «No me digas —exclama— que el capitán Alatraste tiene un restaurante aquí.» Le respondo que sí, que ya lo ve. Que allí está la taberna del capitán, justo en el sitio donde vivía con Caridad la Lebrijana. Aclaro después que nada tengo que ver con el asunto; que Félix Colomo, el propietario, me pidió permiso para darle ese nombre, y yo me limito a ir de vez en cuando —la comida es estupenda y el lugar, bellissimo—, pagando rigurosamente la cuenta. Mi amigo no es muy de leer libros, pero el capitán le suena bastante. Hasta el punto de que, descubro sorprendido, cree en la existencia del veterano soldado de los tercios. «Qué bueno —termina diciendo— que te inspires en personajes reales, como hiciste con la Reina del Sur.» Me lo quedo mirando, para comprobar si habla en broma. Pero no. Lo dice en serio aunque es mejicano, como digo, y oyó decir más de una vez que Teresa Mendoza es personaje de ficción. Entonces comprendo que el tiempo y el extraño azar de la literatura, incluso para los no lectores —o especialmente entre ellos—, han hecho su trabajo. Y sonrío

feliz, de medio lado, enseñando el colmillo como un lobo satisfecho.

Déjenme que les diga una cosa. En confianza. Ni reales academias, ni premios millonéticos —aunque nunca me presenté a ninguno—, ni listas de más vendidos, ni críticas favorables en suplementos literarios. Lo que más calienta el corazón de quien, como yo, cuenta historias dándole a la tecla, es que alguien que nunca leyó un libro suyo hable con familiaridad de un personaje o un suceso narrados, imaginarios, y lo haga convencido de su existencia real. Como si los conociera de toda la vida. Demostrando así que el novelista, con mayor o menor fortuna, logró salvar la barrera entre lo verosímil y lo inverosímil,

El tiempo y el extraño azar de la literatura, incluso para los no lectores —o especialmente entre ellos—, han hecho su trabajo

y lo inventado forma ahora parte de un mundo exterior a la literatura misma. Un ámbito que ya no le pertenece y sobre el que no tiene control alguno. Ésa, en mi opinión, es una de las grandes satisfacciones morales que puede obtener un autor de su trabajo. Comprobar que consiguió mezclar realidad y ficción, y hacerlo creíble. Llevarse al lector al huerto, y también al no lector. Borrar la frontera.

En mi vida como novelista tuve alguna vez ese delicioso privilegio, y les aseguro que no hay nada más satisfactorio. Ni divertido. Es cierto que el amigo Alatraste me da muchas alegrías, pero no sólo él. En casa tengo una espléndida carta de una señora, hispanista seria y respetabilísima directora de un centro de investigación histórica de París, que con mucho protoco-

lo pide detalles sobre la localización exacta, en la Biblioteca Nacional de Madrid, del manuscrito *Papeles del alférez Iñigo Balboa*, en el que —eso, al menos, dice la nota a pie de página de una de las novelas— me basé para contar la historia del soldado de Flandes. Otro de mis gozos literarios es la desesperación de los benditos e ingenuos lectores guiris —un ruso se quejó por carta hace menos de un mes— que patean Sevilla, mapa en mano y con cuarenta grados a la sombra, buscando inútilmente la iglesia de Nuestra Señora de las Lágrimas. Por no hablar de cómo me revolqué de risa malvada cuando en el bicentenario de Trafalgar, al descubrirse un monumento conmemorativo junto al cabo del mismo nombre, un historiador descubrió, estupefacto, que en la relación de barcos españoles participantes en el combate figuraba, también, el nombre de mi imaginario navío de 74 cañones *Antilla*.

Pero de esas y otras ocurrencias, el mayor premio literario lo obtuve en la calle Juárez de Culiacán, Sinaloa; allí donde las

cambiadoras clandestinas, todas guapas y maquilladas, blanquean en público los dólares que los automovilistas bajan de la sierra oliendo a cola de borrego y polvo blanco, convirtiéndolos en moneda nacional. Me encontraba frente al mercadito Buelna, grabando una entrevista para un programa de televisión con mis queridos amigos los periodistas mejicanos Javier Solórzano y Carmen Aristegui, cuando se acercó una cambiadora de cierta edad, muy prieta y arreglada, a preguntar qué hacíamos. «Es sobre la Reina del Sur», explicó Javier. A lo que la señora respondió, con absoluta naturalidad. «¿Teresita Mendoza?... Yo la conocí muy bien. En esta misma esquina se ponía.» ■

www.xlsemanal.com/perezreverte

EL BARCO FALSO EN LOS PANELES TURÍSTICOS

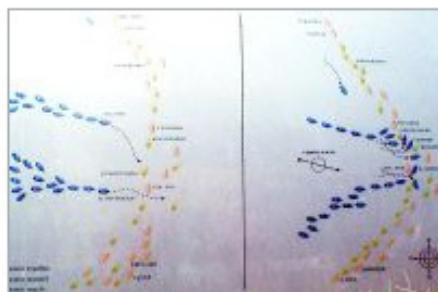
CULTURA

Los nuevos paneles turísticos sobre la batalla de Trafalgar incluyen un barco falso

Las vallas, inauguradas hace diez días, incluyen en el gráfico de la contienda el ficticio navío 'Antilla' que Arturo Pérez-Reverte inventó para su novela

JOSÉ LANDI/CÁDIZ

En el fragor de la batalla, alguien se ha inventado un barco. Los paneles instalados el pasado 14 de octubre bajo el Faro de Trafalgar y en las nuevas rutas turísticas que recorren espacios costeros de Barbate, Conil y Vejer incluyen un error histórico. Estos carteles, que pretenden ilustrar sobre los datos y detalles de la contienda sufrida hace dos siglos ante la costa atlántica de la provincia, dan como participante a un barco que nunca existió: el Antilla. Este buque es una invención de Arturo Pérez-Reverte para su novela Cabo Trafalgar, tal y como el autor aclara en un apartado de la obra.



UBICACIÓN. Detalle del panel en el que aparece el barco inventado -segundo por arriba- y su localización bajo el faro. / MIGUEL ÁNGEL GARCÍA

Como recurso literario, el escritor cartagenero decidió añadir un barco, el mencionado Antilla, y varios personajes inventados -Marrajo, especialmente- para ganar herramientas con las que transmitir su versión del histórico episodio bélico.

Sin embargo, los técnicos responsables de confeccionar los carteles, que firman colegiadamente los tres ayuntamientos, la Unión Europea, Junta de Andalucía y Diputación de Cádiz, han considerado que todos los barcos que aparecían en la obra eran reales y así los han reproducido, sin distinguir que uno de ellos es falso.

Para mayor sorpresa de los ciudadanos que han descubierto el error (denunciado inicialmente por la página www.trafalgar.com y, posteriormente, por miembros del Ateneo de Cádiz), ese navío aparece en lugar destacado en la línea de combate, en el segundo lugar de la fila que Nelson y Collingwood destruyeron con un ataque lateral.

Responsables de la mencionada página web y del Ateneo gaditano se han mostrado convencidos de que los paneles «serán retirados inmediatamente» para subsanar un error que entienden involuntario pero consideran «vergonzoso» por estar expuesto a los ojos de miles de visitantes.

Como medida cautelar, la reproducción del erróneo gráfico que aparecía en algunas páginas web institucionales, propiedad de la Junta o de la Diputación Provincial, fueron eliminadas ayer, previsiblemente para su inmediata corrección.

Imprimir

Enviar

la batalla de trafalgar

18 de octubre de 1805

C.3

La batalla de Trafalgar fue una de las batallas más importantes de la guerra napoleónica. Se libró el 21 de octubre de 1805 en el océano Atlántico, entre la flota británica al mando del almirante Horatio Nelson y la flota francesa al mando del almirante Pierre-Charles de Villeneuve. La batalla terminó con una victoria decisiva para los británicos, lo que aseguró el dominio británico de los mares del mundo.

Tras la batalla, la flota francesa fue destruida y los restos de la flota británica se dispersaron por el océano. La batalla de Trafalgar fue una victoria decisiva para los británicos, lo que aseguró el dominio británico de los mares del mundo.

El resultado de la batalla fue una victoria decisiva para los británicos, lo que aseguró el dominio británico de los mares del mundo.

La batalla de Trafalgar fue una victoria decisiva para los británicos, lo que aseguró el dominio británico de los mares del mundo.

El resultado de la batalla fue una victoria decisiva para los británicos, lo que aseguró el dominio británico de los mares del mundo.

La batalla de Trafalgar fue una victoria decisiva para los británicos, lo que aseguró el dominio británico de los mares del mundo.

El resultado de la batalla fue una victoria decisiva para los británicos, lo que aseguró el dominio británico de los mares del mundo.

La batalla de Trafalgar fue una victoria decisiva para los británicos, lo que aseguró el dominio británico de los mares del mundo.

El resultado de la batalla fue una victoria decisiva para los británicos, lo que aseguró el dominio británico de los mares del mundo.

La batalla de Trafalgar fue una victoria decisiva para los británicos, lo que aseguró el dominio británico de los mares del mundo.

El resultado de la batalla fue una victoria decisiva para los británicos, lo que aseguró el dominio británico de los mares del mundo.

La batalla de Trafalgar fue una victoria decisiva para los británicos, lo que aseguró el dominio británico de los mares del mundo.

El resultado de la batalla fue una victoria decisiva para los británicos, lo que aseguró el dominio británico de los mares del mundo.

La batalla de Trafalgar fue una victoria decisiva para los británicos, lo que aseguró el dominio británico de los mares del mundo.

El resultado de la batalla fue una victoria decisiva para los británicos, lo que aseguró el dominio británico de los mares del mundo.

La batalla de Trafalgar fue una victoria decisiva para los británicos, lo que aseguró el dominio británico de los mares del mundo.

El resultado de la batalla fue una victoria decisiva para los británicos, lo que aseguró el dominio británico de los mares del mundo.

La batalla de Trafalgar fue una victoria decisiva para los británicos, lo que aseguró el dominio británico de los mares del mundo.



RED DE RUTAS VERDES COSTA TRAFALGAR



Ayuntamiento de San Sebastián / Diputación de Guipúzcoa



la batalla de trafalgar

the battle of trafalgar

Trafalgar

RED DE RUTAS VERDES COSTA TRAFALGAR

El 21 de octubre de 1805 tuvo lugar, frente a estas costas, la batalla naval en la que se enfrentaron la escuadra combinada de España y Francia, al mando del francés Pierre Villeneuve, asistido por el español Federico Gravina, y la armada inglesa, al mando de Horatio Nelson.

La flota combinada contaba con 33 navíos, 15 de ellos españoles, mientras que la flota inglesa se componía de 27.

Frente al despliegue en línea de las cinco divisiones franco-españolas, la escuadra inglesa avanzó en dos columnas paralelas, perpendiculares a la línea única de la escuadra combinada.

Villeneuve reaccionó ordenando el viraje de todos sus barcos a la vez, para no renunciar así a la posibilidad de regresar a Cádiz en caso de necesidad. Este movimiento provocó el desconcierto de la escuadra franco-española, cuyo orden quedó invertido y su alineación imperfectamente formada.

Todo el combate fue particularmente brutal y sangriento. Tras la batalla, los españoles tuvieron 1.022 muertos y 1.383 heridos. Los franceses, 2.218 muertos y 1.155 heridos y los británicos 449 muertos y 1.241 heridos. Las bajas en los tres contendientes fueron finalmente mucho más alta ya que muchos de los heridos murieron posteriormente a consecuencia de sus heridas, y otros perecieron en la tempestad que siguió al combate.

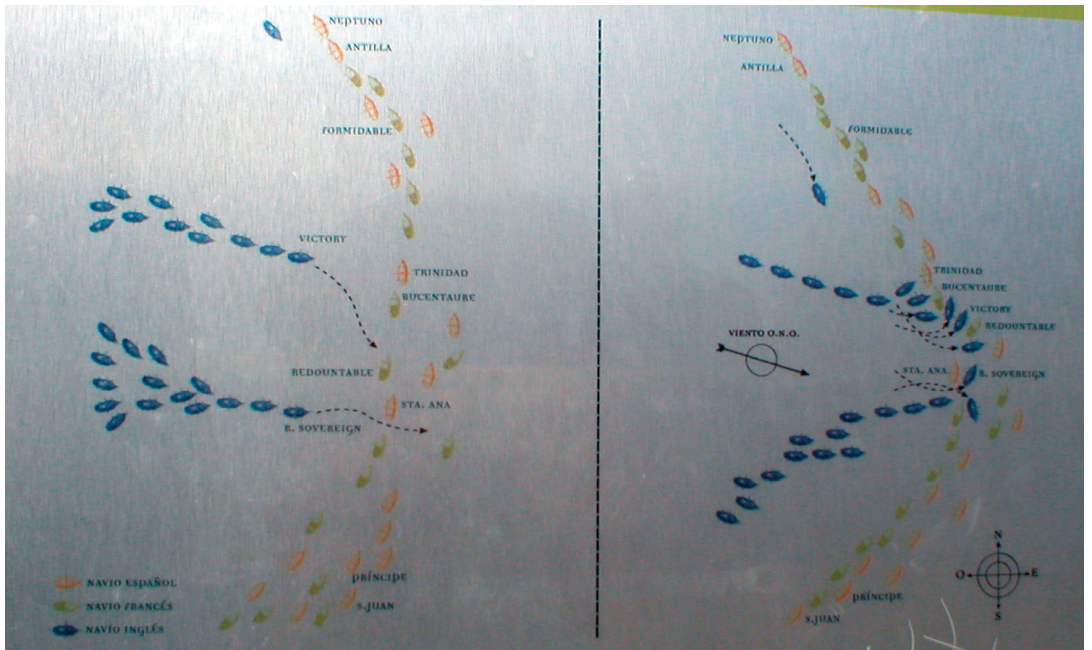
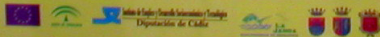
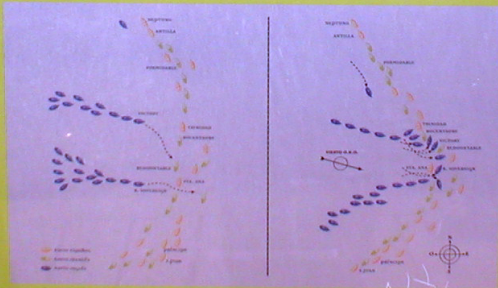
On the 21st of October 1805 a naval battle took place off these shores between the combined squadron of France and Spain, commanded by the Frenchman Pierre Villeneuve, aided by the Spaniard Federico Gravina, and the English fleet, led by Horatio Nelson.

The combined fleet had 33 battleships, 15 of which were Spanish, whilst the English fleet had 27.

In contrast to the linear deployment of the Franco-Spanish divisions, the English squadron advanced in two parallel columns, perpendicular to the single line of the combined squadron.

Villeneuve's reaction was to order all ships to change tack simultaneously, thus leaving the way open to return to Cadiz if necessary. This movement surprised the Franco-Spanish squadron, which now had its order reversed and its alignment in disorder.

The combat was especially brutal and bloody. After the battle, the Spanish had 1,022 dead and 1,383 wounded, the French had 2,218 dead and 1,155 wounded while the figures for the British were 449 dead and 1,241 wounded. In the end, the losses of the three combatants were far much higher as many of the wounded subsequently died from their wounds and others perished in the storm after the battle.



Curiosamente, en la zona del Cabo Trafalgar nunca hubo ninguna valla o panel de información sobre la batalla que allí se desarrolló.

El 14 de octubre de 2005, se inauguraron las vallas informativas que recorren los espacios costeros de Barbate, Conil y Vejer, y que firman colegiadamente los tres ayuntamientos, la Unión Europea, Junta de Andalucía y la Diputación de Cádiz, pero en los paneles incluyeron el barco falso inventado por Arturo Pérez-Reverte para su relato naval “Cabo Trafalgar” publicado en Octubre de 2004.

*¿Quizás tuvo algo que ver las declaraciones de Pérez-Reverte matizando continuamente que no se haría “**nada de nada**” sobre la conmemoración de la batalla de Trafalgar al cumplir el bicentenario?*

Recordemos algunas entrevistas:

- El Periódico (17.10.04)*
- El Mundo (20.10.04)*
- La Vanguardia (21.10.04)*
- ABC (21.10.04)*
- El País (21.10.04)*
- El Diario Montañés (23.10.04)*

**EN SU NUEVA NOVELA
"CABO TRAFALGAR"
REFLEXIONA SOBRE LA
BATALLA NAVAL**

(17 de octubre de 2004)

En su nueva novela, 'Cabo Trafalgar', reflexiona sobre la batalla naval entre la coalición hispanofrancesa y la flota inglesa de Nelson en 1805.

Arturo Pérez-Reverte «Es imperdonable que la izquierda cediera a la derecha el monopolio de la palabra España»



Arturo Pérez-Reverte, recientemente en el bar de un hotel de la bahía de Cádiz

Escritor, marino, periodista y académico

La cita es en la terraza del hotel gaditano, frente a la bahía. La playa está atestada de bañistas. Observando el ambiente festivo resulta difícil imaginar que desde allí, hace 199 años, partió la flota hispanofrancesa que acabó derrotada por el almirante Nelson en Trafalgar.

Pérez-Reverte habla con pasión: «La gente sentía el miedo».

–¿Realmente fue así, las madres y novias despidiendo a los marinos?

–En la novela, la historia y la náutica son rigurosas. Pero la cuento con anacronismos deliberados, con humor negro, mala leche y desgarró. Necesitaba un envoltorio ameno. El tono está muy buscado para hacer digerible algo que fue terrible.

–Corre la sangre, pero se intuye mucha más que la que se describe.

–Hay la casquería justa para que el lector comprenda la dureza de aquellos combates. Mi ventaja es que amí la guerra no me la han contado. He visto a los héroes, y por eso sé que el héroe no existe. La heroicidad es la dignidad mezclada con el cabreo. Cuando te dan cera, o te cagas vivo y echas a correr, o te cabreas y luchas. El cabreado es el héroe. Muchos se vieron envueltos en Trafalgar sin imaginar dónde se metían y por qué luchaban. Los

ingleses eran profesionales bien mandados. Los franceses estaban imbuidos de cierto patriotismo. Y los españoles, desgraciados que jamás habían navegado. Como no había gente para luchar, van a buscarla a las tabernas, a los bares de putas, a las cárceles, a los hospitales... Venga, a luchar. Y bastante bien lo hicieron.

—¿Quién tuvo la culpa del desastre?

—Lo primero que se expresa en este libro es un desprecio por los hijos de perra que forzaron esta tragedia. Yo culpo primero a Napoleón. Era un genio, pero era un estratega de tierra y no contó con las fuerzas del mar. El segundo culpable, Godoy, ese gran hijo de perra que intentó medrar lamiéndole las botas a Napoleón. Después, el mando francés, Villeneuve, por incompetente. Y Gravina, el español, héroe de la batalla de Trafalgar, porque murió bravamente, pero también culpable. Como almirante, tenía que haber dicho: ‘No puedo llevar a esta gente a la carnicería. No salimos’. Ya cuando estaba agonizando, tenía remordimientos. Gravina era marino, pero era más político, y por eso tragó. Y por último, ese rey de mierda, Carlos IV, el fofu empolvado.

—A pesar de eso, el pueblo luchó.

—Y fue una lección. La gente hizo lo que pudo. Los propios ingleses, siempre arrogantes, reconocieron que los españoles se batieron de maravilla. Y el mérito es ése, que la pobre gente sacara valor y dignidad para pelear así. Como siempre, como en el 11-M, los españoles demostraron que son mejores que sus gobernantes.

—O sea, no se aprendió la lección.

—Qué va. Después de Trafalgar, mientras Fernando VII está peloteando a Napoleón y Godoy pavonea en la corte francesa, los españoles se levantan por su cuenta. Y 90 años después, la historia de Trafalgar se repitió en Santiago de Cuba. Y seguimos así, aunque ya no tenemos marina para sacar. España nunca aprende de sus errores. Somos así.

—¿Ésa es su idea de España?

—España es un lugar, una plaza pública por la que ha pasado mucha gente. Los españoles somos muy diferentes, no tenemos nada que ver, salvo la historia. La historia común, eso es la bandera. Sin esa historia común, no somos nada. Eso es lo que yo he querido contar. En Trafalgar lucharon todos, catalanes, vascos, gallegos, extremeños, y a todos les importaba una mierda el barco y la patria, pero estaban ahí y pelearon. Eso merece un respeto. La bandera debería ser el símbolo de la gente que ha luchado.

—En España eso no está claro: la bandera siempre genera conflictos.

—Es imperdonable que la izquierda haya dejado en manos de la derecha el monopolio de la palabra España. Una banda de cretinos de lo que llamamos izquierda dejó que la derecha se apropiara de la palabra España, y la han jodido, han dejado que Franco y el PP la contaminen. Todo lo que huele a España huele a derechas. Tiene narices. La izquierda no quiso limpiarla. Es gravísimo. Tanto como que la derecha la haya llenado de reacción y derechismo.

—¿Por eso es tan difícil un acuerdo para conmemorar Trafalgar?

—Algunos son tan torpes que piensan que conmemorar es celebrar. ¿Y cómo se va a celebrar una derrota? Pero conmemorar es recordar a la gente que murió con dignidad. Y aprender la lección. ¿Por qué nos pasó lo que nos pasó? Que no pase más. Pero la chapuza de Trafalgar

sigue viva, aunque de otra manera. **Los ingleses y los franceses harán mil cosas. En España, nada de nada.**

–El libro dibuja la lucha entre bravos españoles mal dirigidos e ingleses bien preparados que tienen claro eso de war is business (guerra es negocio). ¿No es el war is business lo que hizo que Aznar apoyara la invasión de Irak?

–Claro, por eso sería un buen momento para que los niños en las escuelas hablen de esto, aprendan, debatan... Pero no se hará nada. Harán cuatro guarrerías vergonzosas. Los gobernantes siguen sin pensar en la gente. Como lo del Yak. Gente que trabaja con dignidad y va el ministro de Defensa y dice: ‘Bah, a tomar por saco, que viajen en el avión barato’. Son las maneras de este país de hijos de perra. Curas dando por el saco, ministros incompetentes. Hay dos tipos de novela histórica: las que cuentan cómo éramos, y las que cogen el pasado para explicar el presente, como Alatríste. Yo quería que este libro fuera una reflexión.

–Al final, los españoles luchan por ellos mismos, no por una bandera.

–Nadie lucha por eso. Ni los profesionales. El profesional lucha por su sueldo. La bandera es la que le paga. Cuando la cosa se pone cruda, luchas por el compañero, por tu familia o porque te pagan y dices: ‘Mi deber es luchar hasta las cinco’. He visto pocos tíos que se emocionen con la bandera, pero los he visto defenderla. La defensa de la bandera no como un símbolo patriótico, eso de los banderazos del PP. La bandera hay que respetarla no por la patria, sino por la gente que ha muerto defendiéndola, porque la vida los puso en la actitud de tener que defenderla. Ése es el libro, eso fue Trafalgar.

–Políticos corruptos, enchufes, pelotas, pobre gente manipulada. ¿Todo eso sigue vigente?

–Ser español y leer historia es triste. Te das cuenta de que los errores, vicios y vilezas de España se mantienen. Hay cosas que han cambiado y hay mecanismos mejores, no hay comparación. Pero aún reconoces a los españoles en esa envidia, esa corrupción, ese afán de poner a la religión por delante. Hay un caso de un viajero inglés en un barco español, llega un temporal y todos se ponen a rezar: «¡Oh, Dios mío!» Y nadie gobierna el barco. Ésa es la cosa. Somos lo que somos, casposos, cutres y ruines, por ser lo que fuimos.

–La idea de inventarse un barco, el Antilla, ¿era vital para la novela?

–Claro. Yo quería que el lector se sintiera allí, dentro de la batalla, angustiado en un barco. Contar la batalla entera hubiera sido muy complicado, así que necesitaba jugar con cierta libertad narrativa. Siendo riguroso histórica y técnicamente, al mismo tiempo quería inventar personajes. **Invento un barco más, lo mando yo y meto a los lectores: ‘Subid, nos vamos a Trafalgar. Vais a oír crujir el barco, vais a sentir el miedo’.**

–Eran batallas sucias y duras. Ahora parecen más limpias, asépticas.

–Pero no es cierto, todas son sucias. Pero aquellas batallas eran la leche. Era gente de otra pasta. Hoy nadie haría una cosa así. Yo navego, y estar en un barco es difícil, sobre todo con mala mar. Y si encima te están pegando cañonazos, ya es la leche. Entonces imagino a aquella gente recibiendo cañonazos sin dejar de cumplir sus obligaciones. Fue admirable.

–¿Y han cambiado los reporteros?

–Ahora hay periodistas que se confunden con misioneros. Van todos a la guerra a salvar a la humanidad, por amor a la verdad. Antes íbamos a la guerra para contarla, porque ése era

nuestro trabajo. Los de ahora dicen que todas las guerras son distintas, le buscan filosofía a la guerra. Yo lo tengo claro: todas son iguales. Al final paga el pato la gente y siempre hay un hijo de perra en París, en Madrid o en Washington haciendo política para ganar dinero. Ganan siempre los mismos, los que no arriesgan, y pierden siempre los mismos, los pringados.

—El personaje central de su novela,

Nicolás Marrajo, es uno de esos pringados. Piensa en huir, pero acaba agarrando el hacha y...

—Son las circunstancias. El ser humano no tiene conductas predefinidas. El tipo que se esconde es el mismo que un minuto después salta de la trinchera y se come los huevos del enemigo. Depende. Hombre, si eres un mierda, eres un mierda. Hay gente que es mierda. Gente que la tocas, ¡puagg!, y es mierda. La gente normal, cuando las cosas se ponen feas, a lo mejor se escaquea y pone a salvo a los suyos. Pero cuando le tocan una y otra vez la moral, o tiene miedo, al final se harta y hasta el más pacífico se pone a dar bocados. Y es el mismo que hace un momento se quería esconder. El héroe. Luego, va el ministro y le pone la medalla, o se retrata junto a la pobre viuda. Los ascensos se los llevan los amiguetes. Al que queda sin brazos le dan dos duros y lo envían al pueblo.

—¿Cuentan con eso los jefes?

—Claro. El negociante mamón que maneja los hilos te pone donde sabe que eso va a ocurrir. La trampa es que eso que es un impulso normal, incluso digno, el político cerdo lo sabe. ‘Lo pongo ahí, le doy una bandera, y me hará el trabajo sucio’. Marrajo es el español manipulado.

Nunca debió estar en Trafalgar.

—¿Ese cambio mental de Marrajo podría explicar que un país como Alemania se entregara al nazismo?

—El ser humano, puesto en determinadas circunstancias, puede ser manipulado, puede luchar en Trafalgar, pero de ahí a ser un verdugo nazi... Hay pueblos cuyo carácter colectivo hace más fácil un tipo de manipulación. Con españoles tú nunca podrías hacer nazis, imposible. Puedes hacer anarquistas, que degüellen a curas, a ministros, que le peguen fuego al país, una guerra civil, mil cosas, pero no nazis. Con los alemanes, sí. Hitler no es un accidente. Es el resultado de una visión del mundo alemana en ese momento. Hitler representa la aspiración del pueblo alemán. A los alemanes les encanta, les encantaba antes, al menos, marcar el paso de la oca.

—Ahora sienten vergüenza.

—Sí, porque reconocen que Hitler salió de ellos. Y en España no es posible un Hitler, pero sí un sinvergüenza como Godoy. Ésa es la diferencia. En Alemania un grupo de gánsteres toma el control de un país al que le encanta marcar el paso de la oca, lo tienen chupado. En España, un estafador chulo que se tira a la reina y trinca la pasta, pastelea y hace que el país sea un caos. Es diferente.

—¿El caos español tiene su gracia?

—Es que sino, sería para suicidarse. Si con la mala leche que tenemos aquí, los caínes, ruines, envidiosos, puñeteros, anarquistas, desordenados e irresponsables que somos, no tuviéramos

sentido del humor... Pero tenemos sentido del humor según para qué. Aquí tocas religión o nacionalismo y te saltan encima. Cada vez que lo hago en El Semanal, llegan 20 cartas encendidas.

–¿Se molestarán los catalanes porque los hace vomitar en el barco?

–No creo. Había un regimiento de Catalunya y ellos, como muchos, echaron la pota. A lo mejor semolesta alguno porque en el libro se recuerda que también estaban allí.

–En su libro, la chusma sale mucho mejor parada que los mandos.

–Los oficiales lucharon dignamente. A lo mejor en tierra hubieran salido corriendo, pero en el mar no es posible. Antes de tirarse al agua, pelearon. Y mantuvieron la tensión. En cuanto los oficiales morían, el barco se venía abajo. Pero el mérito es de la chusma, gente que salía de la cárcel y pedían el sitio más peligroso para conmutar la pena.

–¿Se ha sentido cómodo escribiendo una novela por encargo?

–No es exactamente un encargo. Conozco el tema hace mucho, tengo documentación, navego desde niño, soy capitán de yate. Y hablando con mis editores, salió Trafalgar.

–Hay por ahí un proyecto para enseñar los restos de Trafalgar a los turistas. ¿Le parece buena idea?

–Pues sí, porque si hay que esperar a que los saquen... Si esto fuera inglés ya estarían todos fuera. Yo tengo un clavo del Santísima Trinidad, de un buceador que estuvo en el pecio y me lo regaló. En el Museo de Barcelona hay piezas de Trafalgar, pero no las enseñan. Creo que la guerrera de Churruga está allí. A lo mejor no interesa enseñarla.

–¿España siente vergüenza?

–Si fuera por vergüenza, aún tendría una justificación, pero es que ni siquiera es por eso, es por desidia.

–¿Eso a usted le molesta?

–Claro. Sin historia no somos nada. El cemento que une las piedras de ese castillo llamado España es la historia. Si quitas la historia, las piedras se caen. ¿Qué tengo yo que ver con este vasco, este catalán o este andaluz? Pues que vuestros tatarabuelos lucharon juntos en Trafalgar. Manolo y Jordi estuvieron allí. ‘Ah, pues no lo sabía’. Pues entérate. Nuestro parentesco es la historia, y cuando nos quitan la historia, la manipulan, la olvidan y la ignoran, España deja de tener sentido.

–¿Era mejor aquella España?

–No, ahora es mejor, pero había hombres capaces de sacrificarse, como los oficiales que iban a la muerte pese a que les debían pagas. Y encima, como les daba vergüenza que los franceses vieran los barcos españoles tan viejos, pedían ellos mismos créditos para pintarlos. Ese tipo de gente, con sentido del deber, dignidad y honor, se echa de menos.

Pérez-Reverte presenta 'Cabo Trafalgar', su última novela
EFE

MADRID.- En el cabo de Trafalgar, en medio del intenso oleaje, y donde el 21 de octubre de 1805 la escuadra franco-española se enfrentó a la flota británica. Arturo Pérez-Reverte, que recrea este capítulo en su último libro, 'Cabo Trafalgar', explicó en la presentación que "los gobernantes no han aprendido de este grave error histórico".

"Si en España se hubiera estudiado, analizado y debatido el error que resultó de Trafalgar, no se hubiera repetido el desastre del 98, la guerra de Irak o el 11-M; el saber historia da la lucidez y el conocimiento suficiente para no repetir errores; pero aquí no interesan la historia ni la memoria, porque no dan dinero ni votos", recalcó el escritor.

Este periodista, académico, escritor y marinero cartagenero está muy satisfecho por presentar su último libro, editado por Alfaguara, al que ha dedicado indirectamente muchos años de su vida y seis meses de escritura, y en el que recupera la famosa batalla naval, que enfrentó a la armada hispanofrancesa con la británica, dirigida por el almirante Nelson.



Pérez-Reverte, en la playa donde se desarrolla su novela. (EFE)

"He querido presentar el libro en el lugar de los hechos, en el Cabo Trafalgar, entre la playa Zahora y Caños de Meca, en el término de Barbate, porque éste es el escenario de la batalla, una playa plagada hoy de turistas y donde hace 200 años yacían alrededor de 4.000 muertos franco-españoles y unos 500 ingleses, **en la que no hay ni una mísera piedra o placa que los recuerde**".

'España olvida todo'

"Esto es una pobreza cultural. Si estuviéramos en Inglaterra habría miles de homenajes y hasta una tienda, pero España olvida todo y no quiere tener memoria. Es así de triste y así se puede manipular mejor a la gente", precisó el autor de 'Cabo de Trafalgar', cuya primera edición de 125.000 ejemplares ya está agotada.

Para recuperar este periodo de la historia, del que Pérez-Reverte da su propia visión, "y para que lo pueda leer desde un chico hasta un viejo", **Pérez-Reverte se ha inventado un barco de 74 cañones llamado 'El Antilla' y lo ha metido en Trafalgar**, con 60 navíos, 5.940 cañones y 40.000 hombres, "arrimando candela".

"Trafalgar es una vergüenza, la mayor bajeza de un político como Godoy, un sinvergüenza que para complacer a Napoleón manda a la muerte a miles de hombres". "Esto es muy español, el no asumir responsabilidades. La dignidad no la tienen los gobernantes, sino el

pueblo que da lecciones de dignidad, como pasó en el 11-M. Tenemos unos políticos que no nos los merecemos", añade el escritor. Para el autor de las aventuras del Capitán Alatraste, con Trafalgar terminan "América, la Marina y la Ilustración, la España ilustrada, culta y científica, y que la echaron a perder los políticos corruptos y los curas fanáticos. Contábamos con marineros estupendos, pero no teníamos tripulación, y se echó mano de los pobres desempleados que estaban en las tabernas".

LA VANGUARDIA.es

EL NOVELISTA PRESENTÓ AYER SU NUEVA OBRA

(21 de octubre de 2004)

El novelista presentó ayer, al pie del faro de cabo Trafalgar, su nueva obra, en la que reconstruye la batalla naval en la que la Royal Navy derrotó a la flota hispano-francesa

"Trafalgar fue el último clavo sobre el féretro de una España que ya estaba moribunda", afirma Arturo Pérez-Reverte

JUAN CARLOS MERINO, NARIO - 21/10/2004
CÁDIZ

En las playas de Zahora y Caños de Meca, presididas por el imponente faro del cabo Trafalgar, algunos surfistas y turistas despreocupados toman el sol. "No saben que hace 200 años esto fue un cementerio", dice Arturo Pérez-Reverte, señalándoles. **¿Y por qué no lo saben? "Porque en esta puñetera España sólo se echa arena sobre los cadáveres. Por eso aquí no hay un museo, ni una placa, ni nada.**

Porque nos quieren robar nuestra historia y sepultar nuestra memoria. Y que no asociemos, por ejemplo, los 4.000 muertos de Trafalgar con los 200 del 11-M". Nunca, en todo caso, un encargo fue tan bien recibido. Dicho de otro modo: cuando a Pérez-Reverte le propusieron escribir un libro que conmemorara el próximo bicentenario de la batalla de Trafalgar -acaecida el 21 de octubre de 1805- al académico se le hizo la boca agua. Y eso se nota en las páginas de su última novela, Cabo Trafalgar (Alfaguara), cuyos primeros 150.000 ejemplares ya han inundado las librerías. El lector puede en ella situarse en el mismísimo corazón de la batalla -por ejemplo, en el castillo de proa del navío español Antilla, justo antes de que los ingleses comiencen a descargar su artillería-, sin levantarse del sofá. Pérez-Reverte (Cartagena, 1951) presentó la novela ayer a los pies del faro de cabo Trafalgar, ante el escenario mismo de aquel combate naval que acabó con la escuadra combinada hispano-francesa (aunque eran magníficas naves y ninguna se hundió) y provocó que al almirante Nelson le levantaran una estatua para coronar la londinense Trafalgar Square. Aunque España perdió mucho más.

"Perdió América -asegura Pérez-Reverte-. De hecho, Trafalgar fue el último clavo sobre el féretro de una España que ya estaba moribunda". El autor ha escrito esta novela para que no se olvide aquella lección, pero no la que dieron los políticos y los demagogos, sino la que dio el pueblo. "España tenía barcos y oficiales -relata-, pero no marinos. Así que hubo que reclutarlos a la fuerza. Esa gente, sin experiencia, sin motivación, fue engañada y maltratada, y tuvo que combatir contra la mejor flota del mundo. Y demostró su dignidad.

La dignidad siempre la tiene el pueblo, en Trafalgar y el 11-M. Los políticos de entonces, los canallas que provocaron aquella tragedia, con Godoy a la cabeza, están cortados por el mismo patrón que los de ahora. Ese sacrificar la vida de los demás, y nunca dar la cara después de la tragedia, ocurría entonces y ocurre ahora".

En Cabo Trafalgar, pues, hay héroes, pero no mucha admiración ni respeto por patrias ni banderas. A la sombra de Galdós Toda una novela de aventuras, que no renuncia a su afán didáctico. Lean esto, a ver si lo entienden: "Los hombres asignados a la maniobra del palo trinquete y el bauprés tiran de la driza del contrafoque para tensar el gratil". Pero tranquilos: el libro ofrece, antes que nada, unas ilustraciones y un breve glosario naval para pasar el apuro con soltura.

"No quería escribir un libro erudito -dice Pérez-Reverte- sino divulgativo, para que el lector actual pueda entender lo que pasó. Quise embarcar al lector en una de aquellas naves para que tenga la sensación de que ha estado en Trafalgar y que no lo olvide, como ha hecho este país". El autor no sólo ha recorrido por tierra y mar los escenarios de la batalla, sino que se ha empapado en archivos, documentos históricos, cartas y planos. Sobre este esqueleto Pérez- Reverte ha creado una novela de ficción pero que se atiene rigurosamente a los hechos históricos. En todo caso, el autor no ha pretendido hacer sombra a Benito Pérez Galdós. "El Trafalgar de Galdós es el canon. Mi libro es más riguroso técnicamente que el suyo, pero porque ahora hay más documentación. Ala sombra del libro de Galdós está todo lo que se puede escribir de Trafalgar, y mi libro también, claro".



EL NOVELISTA PRESENTÓ AYER SU NUEVA OBRA

(21 de octubre de 2004)

CULTURA

Libros

Arturo Pérez-Reverte presentó su novela en el Cabo Trafalgar



En el Cabo Trafalgar, en Cádiz, a pie de su faro, en medio del intenso oleaje, y donde el 21 de octubre de 1805 la escuadra franco-española se enfrentó a la flota británica, Arturo Pérez-Reverte presentó ayer su último libro, «Cabo Trafalgar», editado por Alfaguara, al que ha dedicado indirectamente muchos años de su vida y seis meses de escritura, y en el que recupera la famosa batalla naval, que enfrentó a la armada hispanofrancesa con la británica, dirigida por el almirante

Nelson. «He querido presentar el libro en el lugar de los hechos, en el Cabo Trafalgar, entre la playa Zahora y Caños de Meca, en el término de Barbate, porque éste es el escenario de la batalla, donde hace 200 años yacían alrededor de 4.000 muertos franco-españoles y unos 500 ingleses. **Pero aquí no hay ni una mísera piedra o placa que los recuerde».**

EL PAIS
es

ARTURO PÉREZ-REVERTE REVIVE EL GRAN DESASTRE NAVAL DE TRAFALGAR EN SU NOVELA

(21 de octubre de 2004)

Arturo Pérez-Reverte revive el gran desastre naval de Trafalgar en su nueva novela

El escritor reivindica la necesidad de reflexionar sobre los sucesos del pasado

Ni una placa, ni una mención. Arturo Pérez-Reverte lamentaba ayer, frente al escenario donde se produjo la batalla de Trafalgar, cómo se ha borrado de la memoria de España un acontecimiento en el que murieron cerca de 4.000 personas. Cabo Trafalgar (Alfaguara), su nueva novela (que va ya por la cuarta edición), recupera el momento en que España perdió su dominio sobre los mares y reflexiona sobre lo que supuso este suceso en nuestro país. Arturo Pérez-Reverte salva a los marineros y a la tripulación, pero culpa a los políticos que hicieron posible aquel desastre.



En el faro, donde ayer se paseaba un puñado de turistas y desde donde se veía a un grupo de surfistas luchar contra las olas, se escucharon hace casi 200 años los disparos de los cañones y se percibió el estruendo que produjo el Aquiles al estallar. Tras la confrontación de la flota inglesa y la escuadra franco-española, la mar arrastró hasta esa playa a algunos de los heridos y víctimas de la batalla. Lo cuenta Pérez-Reverte, una de las personas que seguramente saben más sobre lo que ocurrió el 21 de octubre de 1805 frente al cabo de Trafalgar. Sus conocimientos de historia, el hecho de ser marino y el haber participado como reportero de guerra en muchos de los últimos conflictos (Beirut, Sarajevo y Etiopía)

jugaron a su favor cuando empezó a redactar la novela, para la que, por otro lado, llevaba años documentándose. De los 15.000 libros que se cuentan en su biblioteca, 3.000 se refieren a temas náuticos y cerca de 200 a Trafalgar.

El Antilla, el barco donde navegan los protagonistas de Cabo Trafalgar, es inventado, pero todas las incidencias que se narran en la novela son reales. "Los marinos españoles, franceses e ingleses eran hombres de hierro en barcos de madera y combatieron y murieron así". De entre los personajes de ficción creados por el autor de *El húsar* merece un lugar destacado el marinero Nicolás Marrajo Sánchez -"patillas de boca de hacha y marca de navajazo en la cara"-, reclutado a la fuerza en un bar de Cádiz. Hasta Marrajo, que no tiene la menor idea de tácticas navales, parece darse cuenta de lo que se avecina antes del fragor de la batalla. Carne de cañón se titula el capítulo en el que el escritor desvela cómo lucharon todos aquellos marineros de los que hoy nadie parece acordarse. "La historia no da un duro ni votos", dice Pérez-Reverte. "Al final, sólo se recuerdan los nombres de los generales, y la pobre gente, la que hace el trabajo sucio, no figura en ninguna parte. Muchos de los supervivientes de la batalla de Trafalgar murieron en la miseria y ni siquiera se les abonaron las pagas adeudadas". Y ésa, más o menos, es la idea que tiene el escritor del material del que están hechos los héroes. Las tripulaciones fueron puestas en los barcos a la fuerza, pero pelearon hasta la muerte. "El héroe es una mezcla de dignidad y cabreo. Supongo que antes de morir se hicieron una reflexión: 'No vamos a dejar que nos maten gratis'", cuenta el autor.

Lo terrible para este escritor es la poca nota que se ha tomado de todo lo sucedido frente a estas aguas del cabo de Trafalgar. En aquella batalla se acabó con una España ilustrada. "En Trafalgar perdimos la flota, el dominio del mar y América, y a cambio los ingleses siguieron dominando el mundo durante 150 años más", concluye Pérez-Reverte. Lo peor, con todo, según el escritor, es el silencio histórico que llegó después. Ayer mismo, frente al escenario de la contienda lamentaba que los libros de historia no reflejen lo ocurrido en toda su magnitud: "Somos lo que somos porque fuimos lo que fuimos, y olvidar eso es caer en los mismos errores. No estoy hablando de celebraciones, las derrotas no se celebran, pero sí es necesario que se recuerden y se reflexione sobre lo sucedido en el pasado".

Por eso, añade el escritor, todo lo malo que refleja en las páginas de la novela sigue vigente, empezando por la corrupción de los políticos y acabando, como siempre, con el pueblo convertido en carne de cañón. Para ilustrar sus palabras con mayor rotundidad, Pérez-Reverte puso como ejemplo el 11-M, donde nuevamente la gente dio una lección de dignidad frente al absentismo de los políticos. Su idea es que hechos como ése y otros igualmente trágicos podrían evitarse.

Zarandear al lector

Como en *La Reina del Sur* o *La carta esférica*, Arturo Pérez-Reverte usa en *Cabo Trafalgar* el lenguaje como un instrumento más, en este caso para sumergir al lector en una batalla y en una época. Dominador del idioma, en la novela el escritor llega aún más lejos. Onomatopeyas -glaps, raaaca, glups-, frases más que directas -"el barco crujiendo que te cagas"-, mezcla de idiomas -petit cabrón- y un registro de exabruptos que para sí quisieran los matones más acreditados de los bajos fondos dan al libro un tono que consigue hacer llevadera una historia más que terrible. Pérez-Reverte ha conjugado el "humor y la mala leche" para dar su particular visión de la historia de la batalla y de España.

Cada novela, dice el escritor, tiene su lenguaje específico. Su receta es mezclar el sentido común y el oficio, como antes lo hicieron Conrad o Galdós. Su intención con Cabo Trafalgar es que el lector se sienta zarandeado, como los marineros del Antilla, y asista en primera línea de fuego a una batalla de la que hoy muy pocos quieren acordarse.



LOS NIÑOS DE AHORA PIENSAN QUE TRAFALGAR ES UNA PLAZA DE LONDRES

(23 de octubre de 2004)

El académico acaba de publicar un libro sobre aquella batalla, y cree que historiadores y novelistas hacen «el trabajo que no han hecho quienes dirigen la educación»
CÉSAR COCA/MADRID

Fue reportero de guerra durante 21 años, y cubrió los principales conflictos bélicos primero para el diario 'Pueblo' y luego para TVE.

Ha publicado quince novelas, incluidas cinco de la serie del 'Capitán Alatriste'. Entre sus títulos destacan 'La tabla de Flandes', 'El club Dumas', 'La piel del tambor', 'La carta esférica' y 'La reina del sur'.

El honor de la lucha

'Cabo Trafalgar', la última novela de Arturo Pérez-Reverte (Cartagena 1951), es el relato de una de las batallas navales más importantes de la historia de Europa, de la que en 2005 se cumplirá el segundo centenario. Y es también una batalla más de su autor por mantener la memoria en un país en el que se hacen notables esfuerzos para que se pierda. El relato abunda en detalles de humor, sobre todo por el deliberado anacronismo del lenguaje del narrador, pero no elude la reflexión política. Y ahí aflora la visión de un autor muy duro, sobre todo al criticar la corrupción, la ineptitud y la desidia. Sobre la Historia, la cultura y el destino de un país atormentado habla en una entrevista concedida a este diario.

-¿'Cabo Trafalgar' es una novela de encargo?

-En realidad, yo conozco el tema por muchas razones: por lector, por marino, porque de niño hice maquetas de los barcos... Además tengo mucho material y siempre me decía 'algún día haré algo'... Hablando con Amaya Elezcano, directora de Alfaguara, me planteó escribir un relato a propósito del centenario. Y en vez de hacer una novela de 1.000 páginas, me planteé una novela divulgativa, que conjugara la Historia, la náutica y la divulgación. La idea es que el lector vea la batalla desde dentro, reclutarlo como a muchos de aquellos desgraciados y embarcarlo. El problema era el lenguaje, que debía ser muy riguroso, pero eso no se lo iba a tragar un chaval joven, así que opté por un registro narrativo muy gamberro, de manera que a quien no interese la cosa técnica pase por ella atraído por lo otro. Es de las novelas más complicadas que he hecho, aunque me he divertido mucho.

-Es el relato de una batalla en el que no falta la reflexión política...

-En el curso de ese proceso de narración, sin poderlo evitar, hay una reflexión moral: es imposible escribir acerca de episodios de la Historia de España sin pensar sobre la desgracia de ser español y lúcido. Eso es muy difícil de sobrellevar. Otra vez me he vuelto a encontrar frente al espectro terrible de nuestra memoria, frente a la tragedia de los españoles, que fueron siempre buenos vasallos sin buenos señores.

-¿Le ha servido el libro de Pérez Galdós de referencia para algo?

-Lo había leído muchas veces y ahora lo he vuelto a leer, en plan técnico. Evidentemente es el libro imprescindible sobre el tema. Pero yo no quería hacer lo de Galdós; no me planteé reescribir lo que él había hecho, porque eso es absurdo. Yo todo lo que no tiene que ver con el combate lo dejo fuera. Pero para cada línea escrita, para cada broma, para cada guiño, hay cantidad de documentación.

-¿Ha sentido la tentación, mientras lo escribía, de hacer sus propios 'Episodios Nacionales'?

-No, lo que está hecho ya no se debe repetir, es un error. Ahora bien, el otro día me preguntaban si estas novelas son buenas para el aprendizaje de la Historia. Cuando lo pienso me parece que lo bueno que tiene la novela histórica es que tiende un puente entre el lector y la Historia. Yo conozco la Francia del XVII porque leí 'Los tres mosqueteros'; a Napoleón por Stendhal; el mar por Conrad y Stevenson... Esas novelas abren la puerta para que el lector vaya luego a los libros de Historia. Ahora España no tiene memoria, porque nos la han quitado, y yo me alegro de estar ayudando a que ese puente se tienda.

-¿Ayudando a recuperar la memoria?

-Algún almirante me ha dicho que las derrotas no se celebran. El problema de la Historia de España es que pensamos que recordar es celebrar. Conmemorar es recordar, reflexionar... El miércoles estuve en Trafalgar. Allí murieron hace 199 años 4.500 personas y quedaron heridos otros 10.000. **No hay ni una placa, ni una piedra, ni una cruz, nada de nada.** Y 'trafalgares' tenemos todos los días: llámelo 'Yak', 11-M, 'Prestige', ETA, mil cosas. El español olvida con tanta facilidad de los 'trafalgares' que continuamente se enfrenta a 'trafalgares' nuevos diciendo 'qué ha pasado', 'cómo es posible que ocurra esto'. Mi intención moral no era ésa al escribir, pero es una consecuencia. Qué pena que tenga que ser un puto novelista de infantería quien haga que la gente hable de Trafalgar a un año del segundo centenario cuando ni políticos ni historiadores, con honrosas excepciones, lo hacen. Los niños de ahora no saben qué es Trafalgar, piensan que es una plaza que de Londres.

Interés por saber

-¿Cómo interpreta que en un momento en que la Historia está relegada en la enseñanza haya tanta afición por la novela histórica?

-Porque la gente busca en las librerías lo que le han negado en los colegios. Hay un instinto natural de la gente para saber de dónde venimos. La memoria no es buena ni mala, es objetiva. Saber que mi abuelo fue un fascista, o un republicano, o un nazi, o un soldado en Flandes, no me hace mejor ni peor: me ayuda a entender por qué soy como soy. Entonces, como esta banda durante años y años ha estado o bien contaminándolo de mierda como el franquismo o bien negándolo, como los otros, me han dejado sin referencias, sin memoria. Por eso la gente, se va a las librerías y hace que esos libros sean 'best-sellers'. Es terrible que los historiadores por su cuenta y los novelistas por la nuestra estemos haciendo el trabajo

que han dejado de hacer los malditos políticos que han dirigido la educación de este país los últimos 70 años.

-¿Es peor que la Historia se ignore o que se falsifique?

-Cuando se falsifica, si eres lúcido y tienes libros a mano y sentido común, puedes compulsarla y demostrar su falsedad y corregirla. Prefiero Historia falsificada que deje a mi capacidad intelectual y mi educación la oportunidad de corregirla, que el vacío. A un lector culto, con unas referencias mínimas, es más difícil engañarlo. Y hablando de falsificación, el principal héroe de Trafalgar, el hombre que mejor representa la España ilustrada -marino, científico, respetado hasta por sus enemigos- era Churruca, un vasco de Motrico. Él es quien ordena clavar la bandera, para no arriarla; pelea por la bandera de España. No conozco los libros de Historia que estudian los chicos vascos, pero me sorprendería mucho que eso estuviera en esos libros. Quizá me equivoque, pero me sorprendería. La Historia se falsifica por ocultación.

-En sus libros es habitual que se reflejen la corrupción, la ineptitud, la falta de visión de Estado de los gobernantes en España. Parece una constante en la Historia.

-No parece, es una constante, salvando por supuesto las distancias, porque es evidente que la España de hoy es mucho mejor que aquella. Pero la tendencia natural es siempre la misma. Es terrible coger un documento sobre Trafalgar y reconocer el eco de la España actual. Aquí, sea Trafalgar, la 'Invencible', el 'Yak', Irak... nadie tiene culpa de nada, nunca hay ningún responsable. El espíritu es el mismo: lavarse las manos. Por eso sorprende que a pesar de todo haya gente capaz de hacer cosas tan estupendas como las que se hacen. La gente sí vale, por eso dices: qué pena que todo el sacrificio de esta gente con estas virtudes potenciales no haya valido para nada. Siempre por lo mismo: la abyección política. Cuando oyes el subdiscurso político, lo que está debajo, los ves que utilizan de forma irresponsable cualquier cosa con tal de cargarse al otro, para ganar un voto... Esa España no tiene nada que ver con la España real, pero la condiciona. Esa gentuza nos está llevando a callejones sin salida por conseguir un voto, metiéndonos en 'trafalgares' que nos importan un carajo. Eso es imperdonable.

-Pero en su libro hay esperanza porque hay personajes menores, pequeños delincuentes, que terminan siendo héroes...

-Es que la esperanza está en la gente, cuando sale a la calle. Pasan cosas y la gente se harta y reacciona. Si no fuera por eso, si España en el sentido amplio y generoso de la maldita palabra -como lugar o plaza pública-, no tuviera la gente que la habita, sería para irse a otro sitio, para exiliarse a Francia. A mí no me importa, hablo francés muy bien (se ríe). Mi abuelo, un republicano liberal, muy culto, me decía, 'Arturín, aprende francés porque es muy triste ir al exilio sin hablar la lengua; acuérdate de Goya. Y en España cada dos o tres generaciones hay una que se exilia'. Esto, que es una broma, en el fondo no lo es tanto.

"Las fronteras (difusas) de la ficción"

<http://www.icorso.com/foro.html>